



Navarrete Linares, Federico. 2019. *¿Quién conquistó México?* Penguin Random House, México. 181 págs. ISBN: 978-607-318-467-0.

Próximos a recordar la efeméride de la caída del sitio de México-Tenochtitlán el 13 de agosto de 1521, es habitual que surjan en el panorama editorial nuevos libros que tratan de recapitular, profundizar o revisar lo que este hecho histórico supuso y supone para entender la historia nacional de un país e incluso las implicaciones que tiene sobre lo que quiere decir “escribir historia”, tanto en un sentido especializado como divulgativo. Hacia este sentido va encaminado este libro, con un título que pretende a la vez ser sugerente y provocativo. Esto es así porque preguntarse a estas alturas “quién conquistó México” parece llevarnos a celebrar la exactitud de una respuesta sencilla, como si de una trivía se tratara, pero también a la duda desconfiada que surge ante toda pregunta aparentemente fácil, y cuya respuesta automática parece más bien resultado de la simplificación y estereotipación de la realidad.

Federico Navarrete, a pesar de la “perplejidad” paralizante del contenido de su libro, muestra una lectura fácil, ágil y exhaustiva, en un sentido deconstructivo del discurso historiográfico o historicista, incómodo y provocador, tanto para el lector general como para el especialista. Este investigador mexicano, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, especialista en estudios mesoamericanos, lleva tres décadas publicando libros y artículos sobre las culturas mesoamericanas y de otros territorios del continente, tratando siempre de adentrarse en la perspectiva histórica que ellas tienen de sí mismas. También ha cultivado la difícil faceta de la divulgación a través de la novela histórica *–Huesos de Lagartija–*, todo ello con el objeto de acercar al público mexicano un tiempo y espacios distantes del que no se siente totalmente alejado.

Estos dos intereses, cultivar la curiosidad científica y facilitar la difusión académica para lograr una mejor comprensión de aquellas épocas, convergen en la intención de hacer una obra como esta, difícil de catalogar a nuestro parecer. Podría considerarse un ensayo disciplinar dirigido a un público general e incluso neófito; o una monografía sobre un tema especializado e incluso también una obra de revisión y debate que cuestiona planteamientos historiográficos aún no reexaminados a gran escala.

El autor es muy claro al señalar el proceso educativo nacional mexicano, en el que generaciones de jóvenes se les ha mostrado la historia bajo un prisma religioso o desde una visión supremacista eurocéntrica sobre lo nativo; y que con el paso del tiempo la identidad y costumbres de las antiguas sociedades fueron tomadas por discursos políticos para crear una ideología nacionalista. Federico Navarrete expone ejemplos de cómo ello afecta a la vida de los descendientes de aquellos pueblos, y cómo dichos discursos, a partir del apoyo de historiadores del siglo XIX y XX, promovieron acciones políticas para la apropiación de elementos culturales con fines turísticos.

El libro *¿Quién conquistó México?* forma parte de la nueva corriente revisionista decolonial que pretende sacudir los cimientos de las “verdades” asumidas y aceptadas, y que, según sea el grado de firmeza epistémica del lector, produce temblores de diferentes intensidades, dado que la pregunta, desde la posición del historiador crítico, no se responde tan fácilmente como se esperaría hiciera un escolar mexicano o español.

El doctor Navarrete expone y argumenta la complejidad de las sociedades mesoamericanas y la sociedad castellana del siglo XVI, y cómo terminaron creando la sociedad novohispana-mexicana. Planteándose varias preguntas y temas, el libro invita a reflexionar a lo largo de siete capítulos: 1. ¿En verdad nos conquistaron los españoles? 2. ¿Quién fue Malinche? 3. Los indígenas conquistadores. 4. ¿Qué hicieron realmente los españoles? 5. Mi casa es su casa. 6. Los futuros de la conquista. 7. Más allá de “conquista”, las alianzas.

En la introducción se hace la separación de lo que se suele pensar de la historia y lo que realmente sabemos, enfrentándonos con la *post-truth* de otras épocas, siendo esas posverdades lo que nos lleva a lo omitido, lo subordinado o incluso lo manipulado o inventado. En sí, no se deja de poner sobre la mesa temas que en décadas recientes han cobrado interés y relevancia, por ejemplo, el sesgo historiográfico hacia la epopeya exclusivista y supremacista, la necesidad de visibilizar del papel de los subalternos, vencedores o vencidos, y la participación de las mujeres, sirvientes y esclavos, como el aceite del motor de la historia.

Ante la pregunta de si “en verdad nos conquistaron los españoles”, el autor presenta antecedentes y diversos estudios sobre cómo la historia (o la manipulación de la historia) ha visto en este evento el gran hito y mito para justificar historiográficamente la gran división de la sociedad y del ser nacional mexicano bajo el imaginario del trauma de la conquista, que en sí justifica una visión colonialista y teleológica de la construcción de la nación mexicana. La dicotomía excluyente entre indio/español se muestra como responsable de un imaginario nacional maniqueo que acabó haciendo de lo indígena una dimensión pasiva, inerte, alejada, inferior y nociva, que poco ayuda a entender el proceso de lo que se terminó llamando “conquista”.

Al mostrarse a los españoles y su función como desencadenadores y controladores de un proceso planificado y racional de dominio político y cultural, se les concede un protagonismo y una capacidad alejada de lo que fue un proceso complejo e incierto, donde la iniciativa y las reglas del juego estaban más en manos de las redes y fuerzas locales, aspirando los españoles solo a ser incluidos como un peón más en el tablero de ajedrez mesoamericano.

Federico Navarrete para describir quién fue Malinche se suma al revisionismo histórico feminista sobre lo que fue la persona de doña Marina, como recientemente se ha planteado por otras especialistas (Frances Karttunen, Camille Townsend). Así destaca el papel protagónico que las fuentes dan a su figura, cuya importancia histórica no es sólo por su papel como intérprete, sino como un agente capaz de desenvolverse a través de los códigos sociales, culturales, políticos y militares, aprovechando ciertos roles otorgados a la mujer en Mesoamérica. Esto haría de Cortés una figura dependiente y simbiótica, al ser reconocidos como una dualidad necesaria, siendo doña Marina el rostro y la voz de la pareja a ojos de los nativos. Mediante el uso de fuentes españolas e indígenas, recalca que la persona de Malinche no puede verse como algo singular, sino como un ejemplo del papel desempeñado por otras mujeres, como mediadoras e integradoras de los españoles al “nuevo mundo”. Así frente

a la tradicional imagen dada de esclavas, mancebas o esposas, se opone otra que les supone un papel como garantes y expresión de modos de intercambio, negociación y vinculación (incluso humanización) mesoamericanos.

Otro tema que plantea, los conquistadores indígenas, presenta información sobre las naciones autóctonas que ayudaron a la expansión de la Corona española por lo que hoy es México, Centroamérica, Perú y Filipinas. Como lo muestra, estas alianzas fueron algo más que un mero “acompañamiento”. Fueron un aspecto clave estratégico y logístico, pero también semiótico e ideológico para entender la política y la guerra mesoamericana. Así, las decisiones de cómo luchar y contra quién luchar, se tomaban en conjunto o por los mandos nativos.

En general, el doctor Navarrete se hace eco de giros y aportes de otros autores (Matthew, Oudijk, Pitarch, Restall, Severi, Rinke), y trata de ir más allá de las posturas aparentemente enfrentadas que consideran que hubo una ruptura o una continuidad en el desarrollo cultural mesoamericano tras la conquista (Gruzinsky, Todorov, Semo, León Portilla, Bonfill Batalla, López Austin), pues “estas posiciones que se pretenden imparciales dan por verdaderas las visiones europeas de la historia y por ello juegan más del lado de las ‘visiones colonialistas’” (p. 160). Esta afirmación, discutible e igualmente pertinente, supone que aún hay muchos aspectos que deben releerse desde la compleja interacción entre las visiones de futuro de todos los participantes de la conquista, que reconozca la agencialidad, la eficacia de sus acciones, las limitaciones, contradicciones y fracasos por ambas partes.

El desencuentro y la mediación adquieren una importancia destacada y nos exige reflexionar sobre lo complejo de la atribución de sentido de gestos y acciones. Si algún “éxito” hubo en la acción de los españoles, esto debería atribuirse a su impredecibilidad y agresividad tanto como a su dificultad para reconocer intenciones, acercamientos, regalos, deudas y palabras que sin darse cuenta establecían a cada paso y que, a la vez, les permitió ser instrumentalizados como un elemento novedoso a aplicar en el complicado equilibrio de fuerzas geopolítico de Mesoamérica.

En el libro se llega a afirmar al respecto que la extrañeza que despertaban los españoles gradualmente fue desapareciendo en una especie de traducción domesticadora, que los hizo seres dotados de pleno sentido. De este modo los españoles fueron objeto y sujeto de procesos de acomodación y adaptación cultural en situaciones extremas, lo que iba más allá de acostumbrarse al clima y a la alimentación, sino también a los usos y costumbres. En los últimos capítulos, se van exponiendo situaciones donde se evidencian malentendidos y fracasos enmarcados en lo que James Lockhart llama *mistaken double identity* –más bien acá deberíamos nombrarlo *mistaken double identification*– que más que conducir al conflicto terminan siendo un arreglo de conveniencia semiótica a medida que se implantaba una cultura hegemónica de base religiosa.

Este interés por remover los presupuestos que desde el siglo XVIII los historiadores han dado por sentados como útilmente explicativos (providencialismo de la conversión religiosa, dominación por la supremacía cultural y tecnológica, sumisión resignada y traumática), y que a partir del siglo XIX se le añade la idealización del mestizaje como mito de superación nacional, pretende denunciar la profunda carga racista que aún condiciona que nos cueste reconocer que lo indígena, lo que verdaderamente fue significativo para los indígenas de la conquista, está ausente y ese es un vacío que el historiador del siglo XXI, historiadoras e historiadores, tendrán que afrontar.

Con todas estas reflexiones y conjeturas, Federico Navarrete, no hace más que llevar ciertas afirmaciones y suposiciones, que en las últimas décadas han sido planteadas por especialistas anglosajones e hispanos en la historia prehispánica y colonial de México, hasta sus últimas consecuencias y en eso, en aspectos tales como la supuesta antropofagia de los españoles, ciertas cuestiones etimológicas y la ambigüedad en la identificación Malinche-Cortés se echa de menos mayor aparato crítico, documental y por tanto, argumentativo, faltando incluso a veces la referencia a la localización de ciertas fuentes que se presentan como relevantes, lo que no permite diferenciar lo hipotético de lo evidenciado.

En eso la bibliografía parece haberse reducido al mínimo para hacerle la lectura más accesible al lector, pero por el contrario dificulta al versado en los temas que se plantean, estudiante o especialista, aprovechar este libro como una fuente de referencias, aunque como fuente de problemáticas es bastante estimulante e inspiradora para todos aquellos que deseen explorar nuevos temas de investigación en los estudios mesoamericanos.

Jonnattan Melchor Ruiz
jonnattanjm@hotmail.com

Miguel Figueroa Saavedra
Universidad Veracruzana
migfigueroa@uv.mx